

Reflexiones sobre la realidad dividida entre dos modelos alternativos

2010 en el proceso político venezolano

Arturo Sosa A., s.j.*

EL PAÍS POLÍTICO



La experiencia vivida en 2010 pone de bulto el dilema en el que se encuentra la sociedad venezolana ante la encrucijada en la que se ha convertido 2012

En la Italia de comienzos del fascismo, Antonio Gramsci comparó el modo de hacer política con dos tipos de juego populares en el momento. Un juego de cartas conocido como el *escobazo* en el que gana quien es capaz de centralizar la estrategia en su propio interés y, en un *arrebatón*, quedarse con todo. Y el *fútbol*, en el que para ganar se requiere anteponer la estrategia del equipo al desempeño personal y utilizar la libertad individual para cooperar en el triunfo que es un objetivo común. Esta comparación puede ayudar a comprender el dilema de la Venezuela actual en la que encontramos no sólo la tensión entre modelos de país sino entre formas de concebir y hacer política.

La política como *arrebatón* tiene raíces en las variadas formas de personalismo conocidas a lo largo del devenir histórico venezolano. La política como vinculación necesaria entre la libertad personal y la cooperación entre todos en el logro de objetivos comunes ha sido la lucha secular por hacer de la ciudadanía un ingrediente constitutivo del pueblo organizado. Ha sido la lucha por la democracia como modo de hacer política. Ambos modos de hacer política siguen presentes en la coyuntura actual de Venezuela. Cuál de ellos prevalezca en la práctica cotidiana de la política condicionará el futuro de la vida social en el país.

Si tomamos como expresión significativa del momento los resultados de las elecciones del 26 de septiembre de 2010, encontramos, en primer lugar, un país dividido en dos grandes bloques, atraídos por las posiciones polarizadas, identificadas con modelos alternativos de país. Comparándolos con los resultados de las elecciones de años anteriores se observa, además, una tendencia al cambio en la correlación de fuerzas políticas. Si se va más a fondo se detecta, tanto en el proceso previo como en las reacciones ante esos resultados, la tensión entre los modos de hacer política arriba señalados.

El dilema de fondo en la política venezolana actual está en el modo como se van a producir los cambios en la correlación de fuerzas que están en marcha: autoritaria o democráticamente.

La lucidez política nos obliga a tomar conciencia de la existencia en ambos polos de fuerzas que impulsan el modo autoritario, así como las hay comprometidas con el fortalecimiento y profundización de la democracia. De allí el atractivo que cobra en la actualidad ceder a la tentación de toda propuesta de cambio político: tomar la vía del autoritarismo en nombre de la democracia.

No basta proclamar la importancia del pueblo en la vida política para lograr que sea su protagonista y que se camine en democracia. Detrás de la palabra *pueblo* se pueden esconder actitudes y conceptos autoritarios. El modo de hacer política que cada uno promueve, consciente o inconscientemente, está estrechamente ligado a la idea de pueblo que se tiene y comparte con su grupo social o político al que pertenece. Por consiguiente, es de primera importancia en el momento actual explicitar la propia idea de pueblo, esa desde la que cada uno de nosotros reacciona frente a lo que sucede en nuestra sociedad venezolana y, al mismo tiempo, la que motiva las acciones, pequeñas o grandes, que realizamos en el proceso que vivimos. Al mismo tiempo, es igualmente importante aprender a descubrir la idea de pueblo que está detrás del discurso de los líderes y movimientos políticos que propugnan el cambio.

La concepción democrática del pueblo se fundamenta en la convicción de sus capacidades para participar en la toma de decisiones públicas sin la necesidad de contar con algún líder esclarecido, vanguardia o élite que las tome en su nombre. Detrás de todo autoritarismo se esconde una concepción del pueblo que lo considera como menor de edad, incapaz de saber lo que le conviene, por lo que necesita ser guiado hacia su propio interés y, finalmente, sustituido por el líder o la élite que pretenden saber lo que le conviene al pueblo.

El desafío democrático actual de Venezuela es lograr los cambios como consecuencia de decisiones tomadas por un pueblo de ciudadanos. El futuro democrático de Venezuela depende no sólo del triunfo de alguno de los proyectos en liza, el socialismo del siglo XXI o la democracia social. Depende más bien del modo como se escoja entre un modelo y otro. Depende de que quienes ejerzan el poder desempeñen su gestión política de un modo democrático. En teoría, ambos modelos pueden ser democráticos. En la práctica cualquiera de los dos puede sustituir la democracia en nombre del pueblo o del poder popular.

2007-2011: ETAPA DE UN LARGO PROCESO

El dilema democracia-autoritarismo está en la base de la crisis de legitimidad que vive el sistema político venezolano desde hace, al menos, veinte años. Las élites políticas, económicas y mi-

litares que gobernaron a través de los partidos políticos populistas desde 1958, no percibieron cuánto había calado en el pueblo el deseo de avanzar a una democracia con justicia social. No hubo capacidad de constituir al pueblo organizado como sujeto político para lo cual era necesario el esfuerzo sistemático de superar la cultura rentista y el clientelismo partidista que dominaba, en la práctica, las relaciones entre la población y el Estado distribuidor de renta petrolera.

Las complejas y audaces propuestas de reforma del Estado para tomar el camino hacia la profundización de la democracia, en las que participaron activamente muchos sectores de la sociedad, encontraron una fuerte resistencia en los *cogollos* partidistas y las cúpulas económicas, sociales y militares. Sin restarle importancia a la reforma política que llevó a la elección de los alcaldes y gobernadores junto a algunos procesos de descentralización administrativa y transferencia de competencias, hay que señalar que se intentó extender más allá de lo posible un sistema político cuyas limitaciones estaban a la vista.

El sistema populista de partidos había logrado sortear los extremos de la dictadura militar y la insurrección comunista, consolidado modos democráticos liberales de alto contenido populista, impulsado un importante crecimiento económico y alcanzado una estabilidad social sustentados en el alto ingreso petrolero del Estado venezolano. Sin embargo, el crecimiento económico no se tradujo en desarrollo sustentable ni en mecanismos de justicia social y se mantuvo al pueblo *encuadrado* en las redes partidistas convertidas en formas efectivas de control social. A ello se sumó la aparición de los intentos de algunas élites de hacer una reforma inspirada en las ideas neoliberales y el impacto de la prédica anti-política.

La crisis de legitimidad política, agravada por las dificultades económicas de la década de los años 90, abrió la posibilidad, en 1998, al triunfo electoral del proyecto encabezado por el teniente coronel Hugo Chávez Frías, líder del movimiento que protagonizó la rebelión militar de febrero de 1992. Este movimiento con pretensiones revolucionarias que nace de improviso cuenta con una larga historia que puede resumirse en las siguientes etapas:

- I. 1975-1992: formación del MBR-200 y rebelión militar.
- II. 1992-1998: de la insurrección curativa a la lucha electoral por el poder político.
- III. 1998-2002: la captura del poder político.
- IV. 2002-2003: la consolidación en el ejercicio del poder político.
- V. 2004-2006: transición: la búsqueda de la hegemonía cultural.
- VI. 2006-2012: hacia el socialismo del siglo XXI.

La *revolución* encabezada por Hugo Chávez Frías, una vez logrado el triunfo electoral en 1998,

se debate simultáneamente entre la necesidad de construir la legitimidad de su proyecto de transformación social y el recio combate por mantener el poder político. La legitimidad del proyecto requiere un crecimiento sostenido de la sintonía con él de todos los grupos sociales y así poder construir una nueva hegemonía cultural. La lucha por el poder político le ha exigido, por el contrario, exacerbar la dependencia del Estado de los ingresos petroleros, por tanto, fortalecer la cultura política rentista al mismo tiempo que aumentar la concentración del poder no sólo en la presidencia de la República sino en la persona del líder, obligado a sostener en sus manos los poderes del Estado, la dirección del partido y el comando de la Fuerza Armada.

A finales de 2010 el combate por el poder político ha concentrado la atención del proceso revolucionario propiciando la agudización de la polarización, el fortalecimiento del liderazgo personalista, la centralización y la concentración del poder en el Gobierno, por encima de los logros sociales y las intenciones de empoderar al pueblo.

2010 SE LEE DESDE 2012

Otras fuerzas sociales y políticas buscan también construir una legitimidad política alternativa tanto al sistema populista de partidos como al socialismo del siglo XXI para lo cual luchan por conseguir el poder político. La variedad de estas fuerzas sociales y políticas hace imposible intentar su descripción por lo que nos limitamos a hacer referencia a aquellas que protagonizaron el proceso de constitución de la Mesa de la Unidad Democrática.

El hecho más resaltante de la política venezolana en 2010 es el complejo proceso que llevó a la constitución de la MUD, su participación en las elecciones parlamentarias del 26 de septiembre y su fortalecimiento en los meses posteriores.

Su presencia en el escenario político abre alternativas al proceso político en el corto plazo que significan las elecciones de diciembre de 2012, en la que se elegirán simultáneamente los alcaldes, gobernadores y Presidente de la República, y en el que se concentran enormes expectativas tanto de la sociedad en general como de los actores políticos.

Los resultados electorales de septiembre de 2010 arrojan como resultado dos minorías que se creen y pretenden actuar como mayoría. Normalmente en democracia se aceptan las decisiones que tienen mayor cantidad de votos, después de una deliberación en la que todos pueden participar en igualdad de condiciones. Hablar de mayoría en el lenguaje democrático sólo es posible desde la inclusión de todas las posiciones que supone la aceptación sincera del pluralismo y la diversidad. Entender la condición de mayoría como la posibilidad de prescindir de la minoría e imponer su criterio como el único posible es colocarse fuera de la política democrática.

Un ejemplo claro de cómo se entiende la mayoría como fuerza aplastante y no como criterio final de un proceso de diálogo y negociación política es la aprobación de más de veinticinco leyes en diciembre de 2010, pocos días antes de la instalación de la Asamblea Nacional nacida de las elecciones de septiembre. Lo mismo se puede decir de la *radicalización* del proceso revolucionario acelerada por el presidente Chávez, creando situaciones de tensión en muchos frentes a la vez, al imponer su visión rechazada por, al menos, la mitad de la sociedad.

La posibilidad de la democracia en Venezuela depende de la capacidad que tenga la sociedad venezolana de resistir las muchas y poderosas tentaciones de imposición de minorías y otras formas de autoritarismo vivitas y coleando en ella. Sin embargo, para que se abra espacio la democracia no basta con la necesaria resistencia, también se necesita generar esa ilusión de futuro que moviliza la sociedad para conseguirlo y una acción sistemática e incansable en apoyar al pueblo en la constitución de sus propias organizaciones, condición indispensable para que se convierta en el sujeto político de una sociedad democrática con justicia social.

*Rector de la UCAT.

